



PAGINAS INFANTILES

Cómo juzgan los juguetes

En el gran bazar de juguetes usados se sentía un murmullo sordo y continuado; ¿qué sería? Presté atención y me senté en un sillón muy cerquita del enorme mostrador donde estaban los chirimbolos rotos y deslucidos; el rumor crecía á medida que se hacía más distinto. Ya no dudé, los juguetes hablaban.

—Yo no pude resistir más—decía una pelota de goma;—mi amo me daba muy mal trato, pues en vez de jugar conmigo suavemente con sus manecitas, quería andar siempre á puntapiés, como si yo estuviese hecha para esos trotes. Y todo era por imitar á sus primos; pero ¡ay! ellos habían protegido á su pelota con un traje de piel fuertísimo, y yo estaba indefensa. Os aseguro que sentí verdadera pena al convencerme de que mi dueño no *sabía pensar*; era tonto, no me cabía ya duda; ¿cómo, si no, se le podía ocurrir medir por igual rasero á la fuerte pelota del *foot-ball* y á mí, delicada y fina? Entre el desengaño y un puntapié mayúsculo, mi piel delicada se rompió. ¡Pobre amito mío! ¿Qué será de él en el mundo si desconoce el arte de tratar á las personas según convenga, como desconoce al presente la diferencia de trato que se debe á los juguetes?

—Pues yo—decía una muñeca coja, manca y tuerta—tengo un ama muy caprichosa y muy desobediente; desgraciada será si no varía, pues los genios como el suyo sufrén

mucho en la vida. Sus papás estaban muy preocupados con ella, y un día que había tomado una rabieta y se había propuesto no ceder ante los mandatos paternos, pensaron castigarla en lo que más la pudiese afectar, y á tal fin decidieron quitarla los juguetes y regalárselos á sus hermanos; ella presenciaba el despojo impávida, con sonrisa despreciativa... ¿Pedir perdón?... ¡Jamás!... ¡Antes se quedaba sin un solo cachivache!... Aros, cocinas, costurero, comba... todo desaparecía sin lograr domeñar su entercamiento... Me sacaron á mí... Sus hermosos ojos se abrieron desmesuradamente, su boquita se contrajo con un gesto de pena infinita... Al fin se doblaron sus rodillas y rompió en convulsivos sollozos... «¡Esa no! ¡esa no!—decía.—¡Es mi hijita de mi alma! ¡Que me lo quiten todo, todo, pero que me dejen á mi hija!» ¡Poderoso instinto maternal! El logró lo que ni ruegos ni castigos habían conseguido. ¡Por tan dulce sentimiento vimos todos que existía algo *blando* en el fondo de aquella almíta rebelde; de esa niña puede surgir una gran mujer! ¡Lástima que su hermanito chiquitín me haya tirado al suelo y me vea aquí en busca de alivio á mis desperfectos! ¡Deseando estoy que venga á recogerme!

—Nosotros—decían unos cuantos soldados que estaban metidos en una caja—somos los héroes supervivientes de una terrible batalla; quizá la historia, con sus errores é ingravidades, no se ocupe de nosotros; pero os aseguro que nos hemos portado como valientes. Lo malo es que nuestro general en jefe, ó sea Luisito R... después de organizar de mal modo el último ataque, sin calcular las ventajas que tenía el enemigo, nos ha lanzado á pecho descubierto al combate y



¡claro! el desastre ha sido horroroso. Ese niño quiere seguir a carrera militar, ¡mal estratégico es! ¡Pobres soldados de veras si se ven un día conducidos á la derrota por culpa de las torpezas de su superior! Así como nos vemos nosotros, rotos y maltrechos, así se verán quizá en lo futuro, llenando hospitales y aumentando el número de inválidos...

Aquello tenía trazas de no terminar y á mí me faltaba el tiempo. Salí, pero salí pensando:

¿No será conveniente que vosotros, los pequeñuelos, os ejercitéis en jugar cultivando vuestras aficiones, perfeccionando vuestras bondades y tratando de corregir vuestros defectillos?

¿No se os ha ocurrido alguna vez calcular lo que opinarían de vosotros los juguetes si pudiesen pensar y sentir?

MARÍA DE ATOCHA OSSORIO



HISTORIA NATURAL

LA FOCA

Este animal acuático que habréis visto en la colecciones zoológicas y hasta en los circos, haciendo habilidades, tiene, entre otras, la desgracia de que la hayan quitado su nombre para darle como mote el de otros animales. En España la lamábamos generalmente *lobo marino*; en Francia, *ternero*; en



Inglaterra y Alemania, *perro*, siempre con el aditamento de marino, para distinguirlo de sus tocayos terrestres.

Mide la foca común de 1,60 á 1,90 metros de longitud; los pies delanteros son muy cortos y los posteriores anchos y bien desarrollados, y la cola es una especie de muñón.

Su cuerpo está cubierto de un vello escaso, del que sobresalen cerdas brillantes y rígidas.

Vive la foca en todas las regiones del Norte hasta el mar polar, y desde el Mediterráneo, donde penetra por el Estrecho de Gibraltar, se extiende por las costas del Atlántico correspondientes á Europa. Tiene una vista penetrante y un oído muy fino, y cuando se sumerge en el agua puede cerrar perfectamente las orejas y las narices.

Cuando salen del agua no pueden andar y avanzan arrastrándose penosamente; pero en el agua tienen una gran agilidad. Nada en su posición natural, y de espaldas se revuelve con gran presteza y se mantiene inmóvil durante mucho tiempo. Dicen los naturalistas que para ello recoge sus patas anteriores, y doblando la parte posterior de su cuerpo, lo mantiene en posición vertical.

La foca es un animal de gran utilidad, sobre todo, para los pueblos del Norte. Los europeos estiman mucho su piel lisa é impermeable, y también utilizan la carne y la grasa; pero los pueblos del Norte aprovechan todas las partes de su cuerpo; además de la carne y la grasa—de que los suecos y los noruegos hacen gran consumo—hacen de los

intestinos del animal tejidos y prendas de vestir. Los capotes impermeables de esta clase son muy apreciados en Groenlandia.

Mezclan su sangre con agua del mar para hacer una especie de sopa; suelen hacer *helados* con ella, y cocida, amasan con ella unas galletas que conservan para los tiempos de escasez.

Estas aplicaciones que el cuerpo de la foca tiene para el hombre la hacen objeto de una gran persecución, que se convierte en una verdadera guerra de exterminio.

La foca se acostumbra pronto á la persona que la cuida en el estado de cautividad y llegan á domesticarse muy bien.



EL PERRO NEGRO

(CUENTO)

Pues señor... y va de historia, por más que parezca cuento:

Este era un duque muy rico que se aburría en extremo y estaba siempre rabiando, á pesar de su dinero.

Como lo tenía todo, nada le daba contento, porque hay pocas alegrías allí donde no hay deseos.

Un día salió á caballo y se encontró un pobre viejo que por el campo venía haciendo fiestas á un perro.

Era el animal hermoso, y tanto, que el duque, al verlo, le dijo al viejo:—Buen hombre, decid: ¿ese can es vuestro?

—Sí, señor—dijo el anciano.

—Pues bien; si queréis venderlo, decid qué pedís por él.

—Nada, porque no lo vendo.

—Os daré mucho.

—Mil gracias.

—Y no os vendrá mal!

—Es cierto;

pero me tiene cariño y yo cariño le tengo, y es loco el hombre que cambia el cariño por dinero.

II

Desde aquel día el tal duque no se olvidaba un momento del perro, ¡la única cosa que no logró su deseo!

Quedó en su mente tan fijo el hermoso perro negro, que aunque no le volvió á ver,

era capaz de escogerlo entre diez perros iguales y entre veinte y entre ciento.

Salió á paseo una tarde, triste, agitado é inquieto; también triste el campo estaba, también triste estaba el cielo.

Por un lado del camino miró venir á lo lejos cuatro hombres, y al acercarse vió que era un humilde entierro.

«Nadie á este muerto acompaña más que los sepultureros», dijo el duque, cuando vió que detras venía un perro.

Era el mismo, el de aquel día, el del cariño del viejo, que continuaba á su lado hasta el último momento.

III

«Puesto que murió el anciano, el perro no tiene dueño; ahora sí que ha de ser mío,

aunque pese al mundo entero.»

Tal dijo el duque al mirar que, una vez sepulto el muerto, el perro muy cabizbajo salía del cementerio.

Se acercó, y el animal aceleró el paso presto...

Anduvo el duque de prisa, y empezó á correr el perro; cuanto más corría el uno, iba el otro más ligero; pero el duque no cedía, y así, corriendo... corriendo...

por en medio de los campos se iban acercando al pueblo, y entró el perro jadeante por un torcido sendero que, entre zarzas y pedruscos iba á un callejón estrecho.

Harto, fatigado el duque, siempre al animal siguiendo vio entrar en una casa de miserable aspecto.

IV

Llegando el duque á la puerta quedó parado un momento al ver dos niños hermosos,

cuyos ojitos de cielo vertían copiosas lágrimas de un amargo sentimiento

El viejo era su abuelito; trabajaba para ellos, porque no tenían padres

y habiendo el abuelo muerto, quedaban los huerfanitos sin amparo y sin sustento.

Esto contaron al duque que les dió mucho dinero por el perro que tenían, y se marchó tan contento.

V

El perro que compró el duque huyó de su nuevo dueño; á buscarle fué cien veces y se le escapó otras ciento,

Por fin, comprendiendo un día que era imposible tenerlo separado de los niños,

fué el mismo duque por ellos y en su palacio los puso en un rico alojamiento.

Ya el perro no se escapaba ya con halagos y juegos, mostraba cariño al duque; ya los pobrecitos huérfanos tenían cómodo albergue y vestidos y sustento.

Ya el duque no se aburría y ya decía muy serio que hay cosas que en este mundo no se logran con dinero;

que es la santa caridad el mejor don de los cielos. Todo esto lo aprendió un duque por las lecciones de un perro.





BELLAS ARTES

PAISAJE CON SAN EUSTAQUIO. CUADRO Toda la parte de paisaje de este cuadro la pintó Bruegel de Velours, y las figuras son obra de DE RUBENS Y BRUEGHEL. Rubens. Su asunto está tomado de la tradición piadosa, según la cual, yendo de caza el soldado Plácido, vió pararse frente á él un ciervo con una cruz luminosa entre las astas. «Plácido, ¿por que me persigues?—dijo una voz;—yo soy Jesucristo, muerto por tu amor para salvarte», y como Plácido preguntase lo que debía hacer, el Señor le ordenó fuera á la ciudad y se bautizase él y su familia. Así lo hizo, tomando el nombre de Eustaquio.

EL TEATRO DE LOS NIÑOS

PEPITO TRÁPALA

(Continuación.)

ANDRÉS. ¿Y cómo te has compuesto para volver?
PEPITO. ¿Cómo? Pues... muy facilmente. Tenía dos reales y he tomado el tranvía para volver. Aquí tenéis la razón de que por unas cosas y otras hayamos venido algo más tarde, y ya veis que no ha sido por culpa mía.
MANUEL. Lo que veo es que nos inventas una historia como todos los días, y me figuro que te has escapado de tu casa y has ido á una confitería donde te has gastado los dos reales, mientras Elvira te ha estado la pobre esperando.
ELVIRA. Lo mismo me figuro yo.
PEPITO. ¡Qué tontos sois...! Pero, en fin, no disputemos; esta es hora de divertirse y nada más. Dejémosnos de cuestiones. ¿A qué jugamos?
PAQUITA. Vamos á ensayar la charada que tenemos que representar el domingo.
PEPITO. ¡Vamos allá! ¡Corrientel! Por mí no hay inconveniente nunca para nada.
ELVIRA. ¿Has traído el papel que te llevaste para sacar copia de tu parte?
PEPITO. ¡Ya lo creo!
ANDRÉS. Pues venga.
PEPITO. ¡Ya lo creo!
PAQUITA. ¡Anda, hombre, dánosle!
PEPITO. ¡Pues ya lo creo! (Se busca en todos los bolsillos.)
 ¡Eis raro! ¡No lo encuentro!

ELVIRA. Lo habrás dejado por olvido en casa.
PEPITO. ¡Ah! Ya me hago cargo. Le tenía cuando salí por el balcón; debe haberse caído en el ómnibus al saltar.
ANDRÉS. Mira, Pepe; basta de embustes. No seas trápala. Todo lo que nos has contado es tan imposible que ninguno lo hemos creído.
PEPITO. ¿Cómo que no?
MANUEL. Calla, hombre, calla; sobre lo imposible que son esas habilidades gimnásticas, ¿cómo has de haber ido en ese traje por esas calles sin ser Carnaval?
PEPITO. Me he vestido para representar la charada esta noche, lo mismo que vosotros, porque como estamos convidados á comer aquí, ninguno irá á vestirse á su casa.
ANDRÉS. Sí; pero nosotros hemos venido en coche y con los abrigos puestos.
PEPITO. ¡Eal! Toda esa bulla, ¿es por que no he traído la charada? Pues voy por ella.
ELVIRA. ¡Otra vez á lucirse!
PEPITO. ¡Calla tú, muñeca!
JULIA. ¡Qué galantel!
PEPITO. Hasta ahora.
ANDRÉS. ¡Buen viaje!
PAQUITA. No tardes mucho, que te esperamos. (Vase Pepito corriendo.)

ESCENA III

DICHOS, MENOS PEPITO

JULIA. ¿Sabes, Elvira, que tu hermanito dichoso no dice mentiras?
ELVIRA. ¡Ya, yal! Tantas como palabras. Yo no creo ya nada de lo que dice.



Gente Menuda

PAQUITA. ¿Por qué no le corriges ese defecto tan feo?
 ELVIRA. Porque no me hace caso, por más sermones que le digo.
 ANDRÉS. ¿Pero tus papás no le castigan?
 ELVIRA. Delante de ellos se guarda muy bien de hacerlo, porque una vez que se atrevió, le castigó papá muy severamente.
 ANDRÉS. Manolo, inventa alguna cosa que pueda servirle de lección.
 MANUEL. Tengo una idea. Puesto que no tenemos nuestra charada...
 PAQUITA. ¡Si la va á traer!
 ELVIRA. ¿Tú lo crees? Volverá con las manos vacías y nos referirá otra nueva historia.

ESCENA IV

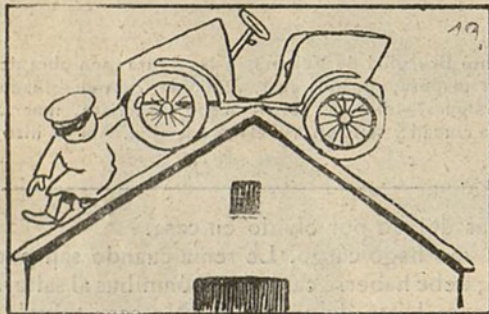
DICHOS, y PEPITO (que entra corriendo).

PEPITO. Queridos míos, vuelvo... con las manos vacías...
 TODOS. (Menos Pepito.) ¡Ja, ja, ja!
 MANUEL. No necesitas decirlo... ¡Ya lo suponíamos!
 JULIA. }
 ANDRÉS. } ¡Lo suponíamos!!
 PAQUITA. }
 ELVIRA. }
 PEPITO. Pues yo no suponía, ni vosotros suponíais...
 MANUEL. ¡Ni ellos suponían! Sigue... Pretérito pluscuamperfecto... Yo...
 PEPITO. ¡Dejadme hablar!
 ANDRÉS. ¡Que hable!
 TODOS. ¡Que hable! ¡Que hable!
 PEPITO. Vais á ver lo que me ha sucedido... Fui corriendo

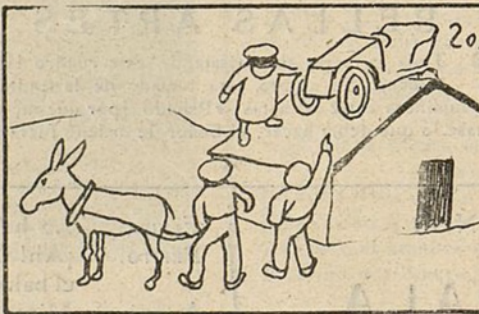
á mi casa; entro, llamo, y nadie me responde. Vuelvo á llamar, y el mismo silencio, cuando de pronto oigo cerca de mí un gruñido... después un rugido...
 MANUEL. ¡Y después, un estallido!!
 PEPITO. ¡Dejadme acabar...! Veo una masa negra que se mueve y se acerca, y me apercibo de que era... ¿A que no lo acertáis?
 ANDRÉS. La nada entre dos platos...
 PEPITO. No es eso...
 JULIA. Una sombra.
 PEPITO. No.
 MANUEL. ¿Un perro?
 PEPITO. No...
 PAQUITA. ¿Un ladrón?
 PEPITO. Peor aún.
 ELVIRA. ¿Un toro?
 PEPITO. Peor aún.
 JULIA. ¿Un diablo?
 PEPITO. No... ¡Un oso!!
 TODOS. ¿Un oso?
 PEPITO. Sí, señores; un oso grandísimo.
 MANUEL. ¡Pero hombre! ¡Un oso en una casa de Madrid! ¿A qué había ido el animal á aquel sitio?
 PEPITO. ¡Y yo qué sé! ¿Tienen acaso obligación los osos de explicarme la razón de todo lo que hacen?
 MANUEL. Prosigue tu horrible aventura.
 PEPITO. El oso se lanzó hacia mí, con su enorme boca abierta... Yo entonces cogí un cuchillo de cocina que encontré...

(Continuará.)

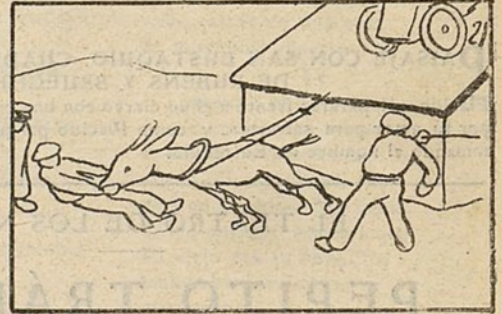
EL AUTOMOVIL DE JUANITO (Continuación.)



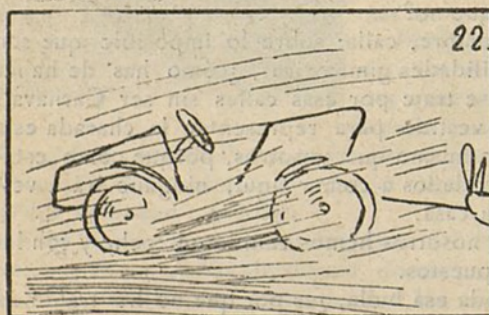
En el tejado quedó el automóvil detenido, y Juanito se apresuró á bajar para pedir socorro.



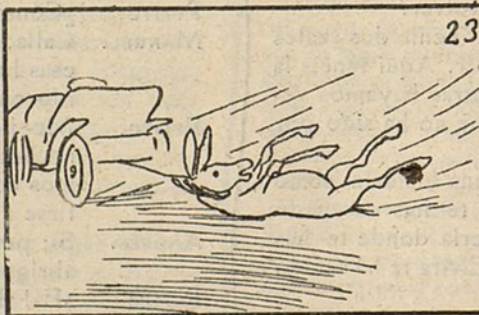
Unos vecinos piadosos vinieron en su ayuda con la eficaz intervención de un jumento.



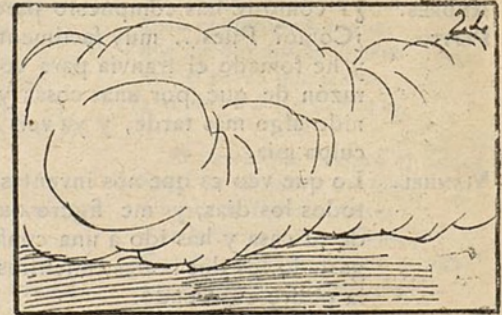
Los esfuerzos del cuadrúpedo consiguieron sacar la máquina de aquel atolladero.



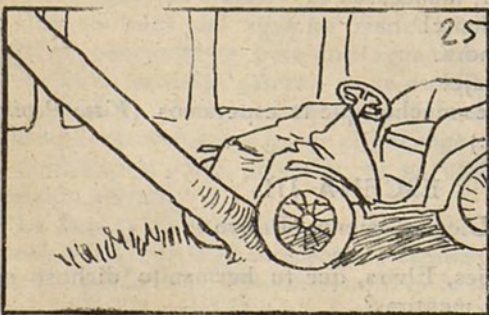
Mas apenas llegó al suelo el endiablado automóvil, emprendió solo una veloz carrera.



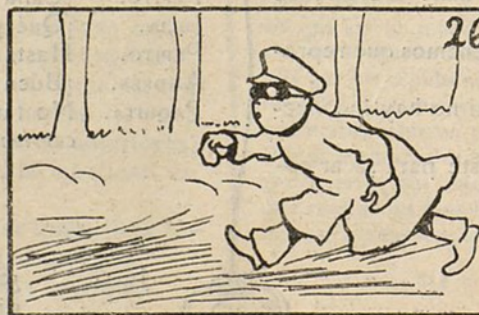
El jumento, atado todavía, siguió mal de su grado aquella vertiginosa marcha.



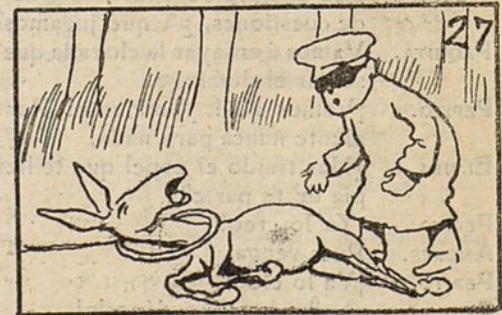
Una larga estela... de polvo señalaba el paso del extraño convoy.



De repente paró en seco por haberse encontrado un árbol corpulento en su camino.



Nuestro héroe corría á más y mejor en pos de su aparato fugitivo.



Cuando logró darle alcance recibió el último suspiro del jumento infeliz.

(Se continuará.)